



TRUCHA PANZA ARRIBA

Rodrigo Fuentes



LAUREL





TRUCHA PANZA ARRIBA





Esto de la familia es complicado, le respondí a don Henrik. Acababa de preguntarme por Ermiña, que fue mi prima, luego mi enamorada y ahora es mi mujer. Es que es difícil encontrar a una mujer como Ermiña en la montaña, le dije; arrea a mis patojas y hace un caldo de gallina para chuparse los dedos, pero aparte sabe cuándo enojarse y cuándo no. ¿Y eso?, preguntó don Henrik. Pues, si no alcanzo a tomar el café en la mañana, sabe que no hay enojo que valga. Todo lo demás vale. Pero sin café, luego de trabajar en la truchera todo el día, ¿cómo es que se va a enojar conmigo? Ya no le conté sobre los mimos de Ermiña en las noches de frío, ni la cara que tenía hace años, cuando la espí lavándose en el río, su cuerpo rechoncho y brillante de jabón. No se había sorprendido al verme salir de entre los matorrales, yo que me





iba desnudando a trompicones, y se mantuvo quieta, con mueca burlona, mientras me acercaba trastabillando entre las piedras de la orilla.

Solo hembras tuvimos Ermiña y yo, le dije a don Henrik, ni un solo varón. Intenté fijarme en mis pies, apretados dentro de las botas de hule que el mismo don Henrik me regaló. Primero llegó Tatinca, conté, luego Ileana, la tercera fue Ilopanga, y a la última le pusimos José, por María José. A José tratamos de inculcarle el gusto por el fútbol; las otras tres se quedaban en casa con su mamá mientras José y yo salíamos al monte con la pelota. Yo se la pasaba y José me la rebotaba de vuelta, y así nos íbamos entre el monte y la maleza, tiqui taca, toma daca, hasta que uno de mis pases salió alto y José tuvo la bravura de matar el balón con la nariz. Ese fue nuestro último entrenamiento. Desde entonces no se desprende de su mamá, le dije a don Henrik, pura garrapata el angelito.

Don Henrik chupó del cigarrito —todos los cigarrillos son cigarrillos en sus manotas— y mirando la gran arboleda frente a su terreno me dijo que peores cosas se habían visto. Con eso quedamos tranquilos, o al menos eso entendí que había decidido don Henrik. Me sirvió más ron en mi vaso de plástico, porque el de vidrio es solo para él, y ahí nos mantuvimos en la terraza de madera que entre Juancho y yo le construimos.





La espesura del trago me fue tirando de vuelta a mi primer encuentro con don Henrik, y recordé esas horas largas que pasaba en la hamaca de la casa de mi tía —la mamá de Ermiña— pensando en qué hacer con los gastos de familia, dónde buscar trabajo o, ya de plano, cómo salir huyendo de ese lugar. El techo de lámina agarraba colores distintos dependiendo del ángulo en que se viera, y ahí me mantenía yo por tardes enteras, retorciendo el pescuezo para encontrarle el tono buscado. Un día Bartolo pasó por la vereda dando gritos de que había reunión, con esa voz de pato que se le mete a uno en el oído. Para ahuyentarlo le grité que luego subía, me reacomodé en la hamaca, y ahí cometí mi primer error: Ermiña, que cocinaba en el otro cuarto, salió a ver qué pasaba. Afuera hablaron los dos en voz baja, y al poco tiempo la sentí acercarse (su silencio a veces me asusta) para asomar su cara sobre la hamaca y decirme que por favor acompañara a Bartolo. Ahí se quedó quieta hasta que me levanté.

En el salón comunal, al que todavía le falta el techo, don Henrik había encajado una de las sillas de plástico sobre otra igual (solo así aguantan su peso). Sentados frente a él estaban Tito Colmenares, Bartolo, unos patojos que son buenos para el trago, y Juancho. Juancho me miró feo desde que entré. Él también es primo mío y creo que por eso me tiene rencor. Ermiña me insinuó una vez que Juancho me consideraba





un bueno para nada, y desde entonces nos medimos de reajo, nos maldecimos en silencio, pero lo cierto es que Ermiña parece más tranquila, como si Juancho le hubiera confirmado algunas sospechas con su veneno.

Esa tarde don Henrik habló de su vida en el oriente, de las fincas de melón que había desarrollado, de otros proyectos *interesantes*, y ya se me empezaba a ir el pájaro cuando abrió una hielera que tenía entre sus pies y sacó un gran pescado por la cola.

¿Saben qué es esto?, preguntó alzándolo.

Nos removimos en nuestras sillas, viéndonos de reajo.

Es una trucha, dijo don Henrik ignorando una mano levantada; de la familia arcoíris.

Le dio la vuelta al animal, como queriendo que el sol le sacara todos los colores escondidos, pero lo cierto es que seguía pareciendo un pescado cualquiera.

Esto que aquí ven va a traer el progreso a la montaña, dijo, y alzó la trucha hasta más alto.

Ahí supe yo que don Henrik estaba un poco loco, y me empezó a caer mejor.

Don Henrik había viajado por todo el mundo y en Noruega, nos dijo esa vez, había aprendido lo necesario sobre la crianza de truchas. Señalando hacia lo alto de la montaña, explicó en qué parte de su terreno irían los primeros tanques de cemento, de tres metros de diámetro, con ochocientas truchas cada uno, y detalló cómo se haría la filtración del agua, la conexión





de tubería al manantial, la alimentación y el deshuesado del pescado.

Al terminar se levantó, todavía sosteniendo la trucha por la cola, y nos pidió que nos alineáramos frente a él. Volteamos a vernos, un poco confundidos. Está bien, dijo, resignado a que nadie se moviera. A mí se me quedó viendo largo rato, pero creo que es porque soy narizón y ese detalle siempre atrapa la atención de la gente. Luego continuó mirando al resto, uno por uno, y al final señaló, usando la mano con que aún agarraba la trucha, a Juancho y a Bartolo. Eran los elegidos para empezar a trabajar en la truchera.

Si Bartolo no se hubiera roto la pierna al día siguiente, cuando una vaca preñada lo atacó a medio pastizal, en la misma hamaca de mi tía seguiría yo ahora. Pero la fortuna cambia, aunque uno se mantenga pobre.

El trabajo en la truchera ha sido duro, las noches frías aquí arriba, y luego de nivelar el terreno y construir los dos primeros tanques don Henrik se quedó sin dinero. Tuvo que regresar a la capital a conseguir más plata, y aquí nos dejó encargados a Juancho y a mí. Al menos tengo a mi familia acompañándome. A duras penas nos llega el jornal, y cada par de semanas viene don Henrik a ver cómo avanza el proyecto, que no avanza aunque tampoco retrocede.

Hemos tenido unos cuantos problemas con Ermiña. Tengo que admitirlo: no todo es alegría en la truchera.





El primer problema es Juancho. Basta decir que tiene la misma nariz que yo (aunque no tan destacada), camina arrastrando los pies —seña de su mala conciencia— y a veces, cuando le hablo, se queda viéndome sin pestañear, con sus ojos de vaca, como si no terminara de entenderme. Esto me molesta, porque sé que es lelo pero tampoco imbécil. Le puedo estar contando sobre un tanque de truchas que se rajó, o describiendo el último partido de Las Parcelas, y la mirada de Juancho no varía. He pensado en darle pelea, emboscándolo en alguna vereda oscura, pero es más grande y más fuerte que yo, y una derrota contra él sería dolorosa.

El segundo problema con Juancho es que llegó aquí arriba huyendo de algo. Con todo y su pasmo no logra esconderlo. Ya nos conocemos la rutina: yo limpio los tanques y me encargo de la alimentación y el cuidado de las truchas. También le echo una mano a Ermiña en el huerto a la par de nuestra covacha, donde termina el claro de los tanques y empieza la selva. Juancho patrulla el terreno de día y de noche, hace los remiendos necesarios y revisa que la tubería funcione bien. Le gusta dar sus vueltas con el rifle que nos dejó don Henrik, pero aparte carga una escuadra en el cinto. Una vez lo descubrí entre la selva, sentado en un tronco de roble caído. Miraba hacia lo alto de los árboles, donde a veces se aparece un quetzal, con la pistola en





mano. No me sorprendería verlo soltar un plumazo al pobre pajarraco. Ermiña me contó (vaya a saber uno cómo se entera de estas cosas) que unos hombres pasaron dejándole un mensaje en su champa allá abajo, antes de que se mudara aquí arriba. Le pedían dinero, pero era demasiado. Son sus parientes de por allá abajo, me dijo Ermiña, son líos de herencia. Yo creo que por eso buscó el trabajo con don Henrik, para escaparse de ese lado de la montaña y acercarse más a la cima, aquí donde solo llega el camino enlodado.

Juancho entra en la selva cada día y desaparece en dirección del manantial, donde empieza la tubería. Ahí se queda escuchando el borboteo del agua, o haciendo quién sabe qué, y luego va bordeando los linderos del terreno hasta salir abajo, al lugar donde el desagüe de los tanques se junta con el río. Lo he seguido y puedo asegurar que el hombre lleva la tristeza a cuestras. A veces, desde los tanques, veo su cara brotando de entre la selva, mirando atento antes de mostrarse de cuerpo entero. Y en las noches, cuando apagamos las luces en nuestra covacha, echo un vistazo abajo, al cuarto de lámina donde él descansa, y veo el brillo a tientas de su candelita prendida. Su silencio terco ha empezado a asustar a mis niñas, pero la verdad es que a mí también me tiene azuzado. No quiero a mi familia cerca de un extorsionado, menos de uno que no paga lo que le piden.





Las truchas son animales delicados, y no aguantan vivir a más de trece grados de temperatura. Por eso es que don Henrik llegó a comprar el terreno en lo más alto de la montaña, buscando el agua helada de manantial. Así como son delicadas también son salvajes. Comen carne, incluso la propia. «Las canibalitas», les dice mi Ermiña. Recuerdo las primeras semanas en la truchera, cuando me pasaba largos ratos viéndolas nadar a contrarreloj, todas juntas como una gran familia feliz. En una de esas una trucha se empezó a alejar del grupo, subiendo en círculos más cerrados hasta aletear cerca de la superficie. Ahí empezó a boquear. Panza arriba se puso, plateada se miraba girando sobre su eje. Entonces pasó algo extraño. Otra de las truchas subió a curiosear, olfateando a su compañera, y de un momento a otro el tanque entero se alborotó. El agua burbujeara, hirviendo parecía, y la superficie se llenó del brillo metálico de navajas en pleito. Al minuto todo se había calmado. La gran familia nadaba otra vez a contrarreloj. No quedaba rastro de la trucha panza arriba.

A Analí la conocí un día que bajé a la tienda de la aldea acompañado de José, poco después de empezar a trabajar en la truchera. Me dio el saco de cemento y el alambre sobre el mostrador, y luego de entregarme el vuelto le sonrió a mi niña.

